
Recibido: 23-10-2025 | Aprobado: 17-11-2025 | DOI: <https://doi.org/10.23882/rmd.25315>

La alfarería de mujeres en La Solana (La Mancha): El último centro alfarero femenino recogido en la bibliografía sobre alfarería española

Women's pottery in La Solana (La Mancha):
The last female pottery center included in the bibliography on
Spanish pottery

Jesús María Lizcano Tejado

Director honorífico del Museo de Alfarería Formma de Alcázar de San Juan (Ciudad Real), España
(profesorlizcano@hotmail.com)

Abstract: The author applied in 1997 to the research grant competition organized by the Provincial Council of Ciudad Real for the project "Ethnographic Study of Pottery in the Province of Ciudad Real." Based on the results of this study, the Library of Manchegan Authors published the book "Los Barreros. Pottery in the Province of Ciudad Real" (2001). This research had two fundamental objectives: first, to refute the hypothesis of some experts who speak of a provincial pottery shortage, and second, to fill the gap in provincial monographs that already existed in almost all Spanish provinces. Without a doubt, the most interesting of the "discovered" pottery centers in the province was La Solana, where two unique ethnographic phenomena converge: it was the last female center recorded in the literature on Spanish pottery, and its primitive clay-working technique, as the artisan wove the pieces on a work surface, using coils of clay, rotating them around the vessel she was making. Female pottery centers using this technique are virtually nonexistent in European pottery, although they are found on other continents, especially Africa. The pieces made by these women display a complete archaism, with incised and impressed decoration applied to the soft clay with their hands: with fingernails, pads, and the phalanges of their fingers. Among the products produced were jars, which the men distributed throughout the province. This center became extinct in the 1970s.

Keywords: Pottery, La Mancha, jars.

Resumen: Quien suscribe el texto, concurrió en 1997 a la convocatoria de becas de investigación convocadas por la Diputación de Ciudad Real con el proyecto "Estudio Etnográfico de la Alfarería en la provincia de Ciudad Real". Siendo elegido. Con los resultados de dicho estudio, la Biblioteca de Autores Manchegos, publicó el libro *Los Barreros. Alfarería en la provincia de Ciudad Real* (2001). Dicha investigación tenía dos objetivos fundamentales, primero, desmentir la hipótesis de algunos expertos que hablan de la pobreza alfarera provincial y, en segundo lugar, rellenar el hueco de monografías provinciales ya existente en casi todas las provincias españolas. Sin duda el centro alfarero más interesante de "los descubiertos" en la provincia fue La Solana, donde concurren dos fenómenos etnográficos singulares: ser el último centro femenino recogido en la

bibliografía sobre alfarería española, y por la primitiva técnica de trabajar el barro, pues la artesana urdía las piezas sobre una base de trabajo, con rollos de barro, girando en torno al recipiente que fabricaba, no encontrando prácticamente bibliografía sobre centros alfareros femeninos que laboren por dicha técnica en todo el territorio europeo y si en otros continentes, en especial África. Las piezas fabricadas por estas mujeres muestran un total arcaísmo, con sus características formas carenadas, con decoración incisa e impresa, aplicada sobre el barro tierno con las manos: con las uñas, yemas y las falanges de los dedos flexionadas. Destacaban entre los productos fabricados, tinajas, que los hombres distribuían por toda la provincia. Dicho centro se extinguió en los años 70 del siglo XX.

Palabras clave: Alfarería, La Mancha, tinajas.

La alfarería de La Solana en su contexto provincial: los olvidados barros de la provincia de Ciudad Real

Como ya escribí (Lizcano, 2002), hasta hace bien poco tiempo, se sostenía la tesis que negaba la existencia de alfares tradicionales en la provincia de Ciudad Real. En los años 60 del pasado siglo XX, un equipo de investigación hispano-alemán formado por los ceramólogos Natacha Seseña, Rudiger Vossen y Wulf Köpke (1975) recorrieron la geografía nacional en busca de la producción de barros populares. No obstante, estos trabajos fueron un balón de oxígeno para algunos centros moribundos, ya que sus publicaciones, alguna de ellas en forma de guía, supusieron una forma de divulgación para esta artesanía para un público urbano que buscaría en las producciones de estos alfares la esencia de lo rural.

Paradójicamente, para los centros de la provincia de Ciudad Real dicho trabajo de campo más que un acicate constituyó todo lo contrario, concluyéndose que la provincia de Ciudad Real era un territorio de *una pobreza alfarera notable* (Seseña, 1975, p. 233). Este error era injustificable, pues por aquellos entonces aún pervivían, e incluso con cierta actividad algunos centros como Villanueva de los Infantes, Torrenueva, Castellar de Santiago, Membrilla, Granátula de Calatrava, Malagón, Daimiel y también La Solana.

No obstante, en 1997 concurrí al concurso de proyectos becados sobre estudios de la provincia de Ciudad Real, convocado anualmente por la Diputación Provincial, siendo elegido el mío con el título *Estudio Etnográfico sobre la alfarería en la provincia de Ciudad Real*. De ese modo tuve el privilegio de poder realizar una investigación sobre los centros alfareros de la provincia, de la cual se desprenden la mayor parte de los datos aportados en este artículo. En base a dicha investigación,

la Biblioteca de Autores Manchegos, dependiente de dicha diputación dio forma a un interesante volumen sobre la alfarería de la provincia (Lizcano, 2001) y que rompía definitivamente la tesis sobre la aparente pobreza alfarera provincial y rellenaba el hueco sobre monografías provinciales de estos temas, ya cubiertos en casi todas las provincias, incluso de Castilla-La Mancha.

Desde antes de iniciar mi investigación, existían dos datos que ya apuntaban al interés sobre la alfarería en La Solana. En primer lugar, un dicho popular, incluso en forma de jota manchega, recogido en numerosos lugares de la provincia y que decía:

«En Manzanares, manzanas, en La Membrilla, membrillos y en llegando a La Solana, colaores y lebrillos».

Junto a ello, la existencia por toda la provincia, de numerosas tinajas pequeñas o medianas, cuya altura no superaba el metro, llamadas popularmente *colaores*, es decir, recipientes para *hacer el recuelo o blanqueo de la ropa* (así como lebrillos, tarros de ordeñar, etc.) que recordaban a los dos centros tinajeros manchegos bien identificados, por un lado, tipológicamente a los típicos *colaores* de la alfarería femenina de torno bajo de Mota del Cuervo (Cuenca), (donde también se hacían lebrillos y recipientes de ordeñar), y técnicamente parecían estar hechas con la técnica manual de urdido típica de la tinajería de Villarrobleto (Albacete), (donde también se hacían *colaores*, lebrillos y recipientes para ordeñar). Todo lo cual me hizo deducir que dichas arcaicas piezas de desconocido origen podrían ser fabricadas en La Solana (Figura 1). La intuición no falló.

Pues una vez entrevistado a un antiguo tejero de La Solana, Francisco García-Uceda García de Dionisio (1934) en 1998 dijo que ya hacía más de sesenta años que en la parte alta del pueblo, en más de veinte casas se elaboraba alfarería, en especial tinajas, manteniendo ocupados a todos los miembros de las familias.



Figura 1. *Tinajón, tinajas y colaor* de La Solana

El contexto de la alfarería de La Solana

Sería difícil establecer desde hace cuántos siglos el pueblo de La Solana ha fabricado objetos de barro cocido. Plantear hipótesis sobre las causas que determinaron que parte de su población se orientase a esta labor es más sencillo. De una parte, debió ser favorable la existencia de excelentes bancos de arcilla al sur del núcleo de población, en las vegas del río Azuer, material óptimo para alfarería y tejas.

De otra parte, las razones histórico-económicas fueron de gran peso. La excesiva presión demográfica sobre un término no muy extenso en relación a su población determinó la insuficiencia de tierras cultivables, y junto a ello, una distribución poco equitativa de estas debido a razones históricas, todo ello favoreció el desarrollo de un sector de jornaleros cuantitativamente importante, que vivían en la parte alta del pueblo, por *el Santo* (en torno a la Ermita de San Sebastián), que además de trabajar a jornal en los pueblos de La Mancha (siega, vendimia, aceituna) y explotaba los recursos naturales del *monte*, de los grandes latifundios del término de Alhambra (*los cortijos*), como la leña, la caza, el esparto, el carboneo o el pastoreo, supieron obtener algún provecho de un medio hostil, realizando algún tipo de actividad artesanal: barro y esparto. Por eso desde hace siglos y hasta los años cuarenta del pasado siglo XX, existía una calle en La Solana, la calle del Barro, inmersa en el

enorme arrabal *del Santo*, donde vivían los desposeídos, donde estaban los hornos y las casas de las familias alfareras. Allí, en una casa sí y en otra también, la alfarería era un complemento a la subsistencia. En los patios y corrales de esta calle, manos femeninas crearon multitud de formas que llegaron a los más remotos puntos de La Mancha.

Sus artesanas, conocidas popularmente como *barreras*, desde abril *a los Santos* (1 de noviembre) se dedicaban al barro. Pero la alfarería no era dedicación exclusiva, sino que debía adaptarse a otros quehaceres artesanos, domésticos y de recolección. Las artesanas más avezadas, *las maestras* eran las encargadas de urdir toda suerte de receptáculos propios de este centro. El resto de familiares y vecinos hacían las tareas auxiliares: traer las tierras y prepararlas, trasiego de piezas crudas y cocidas. Si bien todas estas tareas auxiliares eran hechas por hombres y mujeres, *labrar barro* era labor femenina y la cocción y venta de piezas era labor exclusiva de los hombres.

En el tiempo frío la artesana cambiaba la materia prima y los productos fabricados: barro por esparto y alfarería por cestería, *aunque si había trabajo en los olivares, esto daba mejor de comer*.

Algunos datos históricos

Es seguro que esta producción alfarera es antiquísima, como lo corroboran hallazgos fortuitos, al construir nuevos cimientos en la calle del Barro y en general el arrabal de *El Santo*, donde han aparecido restos de horno y fragmentos de piezas que demuestran una gran actividad alfarera en el pasado, y es que los campos de La Solana son un auténtico testar donde pueden encontrarse por doquier fragmentos de piezas locales.

A finales del siglo XVI se constata ya en La Solana la existencia de nueve familias de *barrereros* (Archivo General de Simancas, DGS, INV. 24. Legajo 665-8. La Solana.1591). Pero no es hasta el año 1737 cuando aparece un documento en que se especifica que la Encomienda de La Solana percibía *el diezmo de los barreros*, que incluía los objetos de alfarería sin torno de la localidad:

«Tarros de hordeños, tenaxas, coladores para paños, lebrillos medianos y ordinarios, tinteros grandes y pequeños, brocales para pozos además de otras piezas de alfarería (Archivo Histórico Nacional, Órdenes Militares, legajo 4486)».

A mediados del siglo XVIII, en las Respuestas Generales del Interrogatorio del *Catastro del Marqués de Ensenada*, respecto a la respuesta de la pregunta número 33, se menciona sobre la villa de La Solana:

«Barreros hai seis que fabrican tenajas y otros utensilios de barro basto y ganan trabajando al dia quatro reales» (Archivo Histórico Provincial de Ciudad Real. Catastro del Marqués de Ensenada, legajo 741. La Solana. Respuestas Generales. 1751).

A través de los Memoriales incluidos en este mismo documento conocemos los nombres de los cabezas de familia de los *barreros*, sus esposas e hijas, verdaderas artesanas, propiedades. Así se nombra a *Josep Naranjo*, *Juan del Campo*, *Pedro Garcia Chaparro*, *Caietano Parra* y *Joseph Naranjo*, todos ellos vecinos de la calle del Barro. También se nombra a *Polonia Garcia*, *barrera viuda*. Es interesante destacar que tan solo se menciona la existencia de un *horno de cocer barro*, propiedad de *Josep Naranjo*, por lo que es muy posible que el resto de *los barreros* tuviesen que pagar al propietario una cantidad en metálico o producción por usar este horno (Archivo Histórico Provincial de Ciudad Real. Catastro del Marqués de Ensenada, legajo 579. La Solana. Memoriales Seculares. 1751).

En Las relaciones Geográficas de Tomás López de 1766, referidas a la provincia de Ciudad Real (Campos y Fernández de Sevilla, 2021, p. 279) se dice:

«Otros particulares están dedicados a fabricar diferentes vasijas de tierra barro sin baño alguno, las que sirven para el fuego de las casas como para fregar, colar la ropa y tener el agua; cuecen también algunas tinajas para vino de cuarenta a setenta arrobas que son muy especiales y estimadas porque no las daña el salitre y cuanto más se mojan, más firmes se ponen, y por lo mismo las buscan de los lugares circunvecinos, así éstas como las demás piezas pequeñas; también hay fábrica de teja y ladrillo cuanto se necesita en el pueblo».

En las Descripciones del Cardenal Lorenzana de 1788 referidas a la provincia de Ciudad Real (Grupo Al-Balatitha, 1985, p. 261) se dice:

«Ai fabricantes de barro basto, hacen muy buenas tenajas para vino y azeite, tenajones grandes, coladeras para hacer salitre de las mejores que usan en las fabricas por ser el barro muy firme y que no se las come el salitre y distintas vasijas

medianas y pequeñas para el surtimiento de las casas que como tan precisas las buscan de los lugares circumvezinos».

Hacia 1796 se conoce la existencia de ocho obradores de *loza ordinaria* donde trabajaban veintiséis personas (López de La Osa, 1987, p. 9). Madoz (1987, vol. II, p. 296), a mediados del siglo XIX, se dice respecto de la alfarería de La Solana:

«Alfarerías de tinajas y otras vasijas menores; hornos de teja y ladrillo».

Las últimas *barreras* de La Solana

Entre los años 1997 a 1998 pude entrevistar a algunas de las últimas alfareras de La Solana, las cuales, aunque inactivas ya desde hace años eran las depositarias de esa antiquísima tradición. Gumersinda Díaz-Cano González (1928) recordaba que en su juventud conoció a multitud de mujeres ancianas ya retiradas del oficio, señalando que cuando ellas trabajaban, casi todas las vecinas de la calle del Barro, se dedicaban a la alfarería, lo que presupone que la etapa de auge de la producción sería en el tránsito entre el siglo XIX a comienzos del XX. Gumersinda comenta que las mujeres de su familia se dedicaron al barro. Su abuela por parte de padre, Gumersinda Jaime Palomo. Su abuela por parte de madre, Ana Josefa Horcajada Lozano. También su madre, pero sobre todo su padre, Gabriel Díaz-Cano Jaime, que fue de los pocos hombres que en La Solana hiciera tinajas.

En el recuerdo de Gumersinda, están algunos nombres de artesanas, que dejaron de trabajar a comienzos del siglo XX: Marina Naranjo, Teresa Naranjo y sus hijas Gabriela y Francisca Díaz-Cano Naranjo.

Desde los años cuarenta del siglo XX, junto a Gumersinda, trabajaron las hijas de Celestino Naranjo Martín-Albo y su esposa, cuyas madres y tías fueron también *barreras*. Romana (1920), Isabel (1930), Celestina (1932), Antonia (1936) y Juana Naranjo Tercero (1937). Las cuales pude entrevistar.

Las familias de Gumersinda y de Juan Alfonso dejaron lo del barro hacia 1965. Las últimas en abandonar el oficio, extinguiéndose el centro, fueron las hermanas Naranjo Tercero, hacia 1969-1970, al concluir el último encargo, *un horno entero de tenajas* para un establecimiento turístico de Benidorm (Alicante) que se llevaron en camión.

Las tierras y su preparación

La tierra se conseguía en *El Pozo el Barro*, junto al núcleo urbano, al sur, por los azafranales, en las vegas del Azuer, hoy terrenos urbanizados. Allí extraían indistintamente hombres y mujeres, cargando la tierra en cachirulos de pleita (usados habitualmente para la recolección de aceituna), *a las costillas*, que sacaban desde el fondo de las zanjás a volcar en el carro. El barro arrancado con azadón salía *hecho cajones* y con *el mocho* del mismo se deshacía en terrones o *gasones* que se echaban a mano en cachirulos que se vertían en el carro. El análisis de fragmentos de cerámica de La Solana manifiesta ser un conglomerado de elementos minerales y rocosos pulverizados, que el río Azuer arrastraba desde su nacimiento en el cortijo de Fuente Blanca (Villahermosa), en pleno Campo de Montiel, e iba depositando en la llanura manchega, desde el Puerto de Vallehermoso (Alhambra), cuando el río comenzaba a *alagunarse*, durante largos periodos geológicos. *El Pozo el Barro* era parte de una finca de don José Melgarejo, que vendía la tierra por metros cuadrados o se cambiaba por obra. Primero se rebajaba la tierra roja que tenía medio metro de grosor aproximadamente y una vez desmontada la capa, se llegaba a la capa fértil, una tierra grisácea compacta y útil para la alfarería que tenía un grosor aproximado de un metro, ya que más hondo, aparecía greda muy blanca y con mucha cal, que no servía.

La tierra era llevada con el carro y depositada en el corral extendida, para que se fuese secando al sol. A partir de aquí, comenzaba el trabajo propiamente femenino. Preparar la tierra. Mujeres alfareras y otras allegadas, se ponían de rodillas sobre *esterajos* o arpilleras y con mazas de machacar esparto comenzaban a pulverizar los terrones o *gasones*, lo que demoraba varios días. Después se cribaba, para lo que se usaban cribas de esparto, como la de los tapiales, pero de trama más fina. El polvo fino que pasaba por la criba, se guardaba en *una sera*, y los fragmentos que no pasaban, *la granza*, *se iba empilando en un tenajón*, es decir se sumergía en una tinaja de boca ancha con agua para que se hidratase, se hiciese barro.

Al día siguiente, las mujeres sacaban el barro del *tenajón cortándolo con las manos* y *a almorzas*, es decir con el cuenco de las manos, lo echaban en una espuerta y lo pasaban al porche donde estaba *la sobaera* que era un trozo de *tenajón puesto sobre una tenaja*, así como una laja o *lancha* de *moliz*, es decir, una losa de arenisca roja

sobre un pollo de obra, para fabricar rollos de barro. Sobre el cuenco de la sobaera se iba sobando el barro, *adobándolo* con polvo que previamente se había reservado en la *sera*, echándolo poco a poco con un casco de tinaja para que la mezcla fuese adquiriendo *liga*. Después sobre la laja de piedra se hacían rollos de diferentes tamaños para urdir las piezas.

Barro y manos de mujeres: el modo productivo

Para empezar a trabajar *las maestras* usaban un soporte troncocónico hueco de barro cocido que denominaban *albatín*. Había *albatines* de varios tamaños, en función de la pieza a fabricar. De cualquier modo, interponían siempre un disco de arcilla cocida u *horma* de variados tamaños para poder retirar las piezas tiernas del *albatín* sin deformarlas.

Sobre la *horma* se ponía un poco de polvo y una bola de barro, *la pella*, para hacer la base de la pieza, aplastándola y dándole el tamaño adecuado en función de la pieza a fabricar. Después la artesana cogía un rollo de barro del porche y se lo ponían entre el hombro y el brazo y hasta la mano y lo iba *pegando* alrededor del *culo*, con una mano por dentro, *con los deos abiertos*, describiendo una “v” con los dedos índice y pulgar, y con la palma de la otra mano por fuera, para ir *estirando el barro*. Moviéndose la artesana entorno a la base de trabajo. Después *alisaba* el rollo con el dorso de una mano por dentro y la palma de la otra por fuera. A continuación, con un trapo húmedo hecho dobleces *lavaba*, el interior y el exterior, *dando lustre* finalmente al exterior con *una suela de zapato*. Si la tinaja era pequeña, con ello había realizado *el empiezo* de la tinaja, siempre en forma de tronco de cono invertido, con la base menor hacia abajo. Si la tinaja era grande, se esperaba que se secase la parte realizada para poder poner otro rollo, pues de lo contrario, todo se desplomaba. Antes de *pegar* el segundo rollo sobre el primero, se tomaba la precaución de cortar con un trozo de hoz, *unos dos dedos de barro, lo reseco*, arañar con las uñas el rollo anterior, dar con *el deo un poco de barro sin adobar* (sin polvo), todo lo cual favorecía la cohesión del siguiente. Después como el anterior, lo *estiraba* y *alisaba* con las manos, lo lavaba con el trapo y después *le daba lustre* con *la suela*. Hecho esto, quitaba *el empiezo* con *la horma*, y lo dejaba a secar en el suelo. Repitiendo la operación para hacer otro nuevo.

Para seguir realizando el resto de la tinaja, *vientre* (cuerpo) y *rostro* (boca) había que ir oreando las distintas *labores*, *añadíós* o *haciendas*. Por eso las artesanas trabajaban en serie, *primero echando empiezos, luego vientres y finalmente rostros*. Para realizar *el vientre* de tendencia recta o troncocónica, se repetía la labor de *pegar rollos, estirar y alisar*, constituyendo *las labores*, aunque en esta ocasión, antes de *lavar la pared y dar lustre*, *había que herirla*, es decir, golpearla por fuera con *la palmeta*, una tabla de un fuelle viejo, mientras por dentro se golpeaba a la par con el puño o bien una tablita de madera de unos tres dedos de ancha y diez centímetros de larga y uno y medio de gruesa, *el traballón de enderezar*.

Cuando la pieza tenía la altura suficiente, depositaba *la horma* sobre el suelo para trabajar con más comodidad.

Después sobre último tramo de *vientre*, se hacía *el rostro*, *se pegaba* un rollo un poco más grueso por fuera y otro más pequeño por dentro, dándole forma redondeada o de tendencia cuadrangular y con un pequeño rebaje para poner *el tapaor*, lo que se conseguía con *la suela humedecida* y con las manos haciendo forma y girando en torno a la pieza. Una vez acabada cada pieza, una sola mujer o hasta tres, cogiendo *la horma*, metían *la tinaja* en una habitación, *el cuarto de seco*, para que terminase de orearse. Cuando las piezas estaban bien secas, *se les repasaba el culo*, es decir, con un trozo de hoz de filo o una cuchilla de curtir se recortaba el barro sobrante de *los empiezos*, en especial de las piezas de culo ancho como tarros y *medianos de lavar*, aligerando de esta manera el peso de las piezas y eliminando las adherencias de barro externas propias de la técnica y dando un perfil más definido y esbelto a la base de cada pieza.

Además, a *los tarros de ordeño, cantarillas, botijas, jarretes, tapaores, tapaorcillos*, *queseras* y *pucheros* (el barro de La Solana tenía ciertas cualidades refractarias), había que ponerles asas o aplicaciones para asirlos (*pezoncillos, orejas y orejetas*).

La decoración que estas humildes mujeres hacían a las piezas se realizaba con medios tan primarios que no cabía ni tan siquiera la utilización de un trozo de peine, bastaba con pequeñas acanaladuras paralelas, hasta cuatro, describiendo ondas o zigzags, que realizaban aplicando las uñas o la yema de los dedos sobre el barro fresco de las piezas (*culebrillas*).



Figura 2. Decorando con culebrillas



Figura 3. Decorando con picotillos

En rebordes de algunas piezas o sobre cordones de barro se decoraba impresionando las falanges de los dedos en posición flexionada, dando lugar a ondulaciones o *picotillos* (Figuras 2 y 3).

Algunas tinajas más antiguas presentan *un cordón* de barro diametral en el último cuarto de la pieza, cerca del *rostro*, con los típicos *picotillos*. A veces, sobre dicho cordón o un poco más bajo pueden aparecer piezas con cuatro aplicaciones de barro a modo de *orejitas* u *orejetas* para poder trasegarlas.

Las formas

Las barreras de La Solana fabricaban sobre todo tinajas de tendencia bitroncocónica, dos troncos de cono desiguales unidos por sus bases mayores (*empiezo y vientre*). Se hacían tinajas de varias capacidades, teniendo como unidad de medida el cántaro que eran diez litros de capacidad y la carga, que equivalía a cuatro cántaros. Así se hacían *tenajas abucetas* (tres cargas), *abucetillas* (dos cargas), *de a carga*, *de a dos cántaros* y *orcillas de a cántaro*, *orcilla de juguete* o *de los caramelos* (Figura 4). Su función era muy variada, contener aceite, agua, grano, encurtidos, vinagre o adobos. También *tapaos* de distinto tamaño para tapar las tinajas, solían llevar un reborde superior, decorado con picotillos y con *culebrillas*. *El asa podía ser en forma de pivote o pezón, o bien con asa plana para poder asirlo.*



Figura 4. Tinaja con cordón decorado con *picotillos* y cuatro *orejetas* de La Solana



Figura 5. Baño de La Solana

Lebrillos, el mayor o *lebrillo* propiamente dicho, para las matanzas, algo menor *la lebrilla* usada en las manipulaciones culinarias o para fregar *el vedriao*. *La lebrilleja*, aún menor, para la higiene de cara y manos o bien como juguete femenino. Unos *lebrillos* enormes eran *los tiestos* o *medianos de lavar*, algunos con más de un metro de diámetro en la base y hasta cincuenta cántaros, usados para lavar la ropa.

Los colaores en forma de tinaja de menor altura y boca ancha. Servía para fabricar lejía y hacer la colada.

Los baños eran enormes vasijas en forma de media tinaja con la base y boca ovada y cuatro *orejetas*. En verano se colocaban en las solanas de los corrales llenas de agua, para que los más jóvenes pudieran bañarse (Figura 5).

Los tinteros o *tinajones* se usaron tradicionalmente para curtir pieles y teñir telas. Era habitual tenerlos en los sótanos o cuevas de las casas para almacenar, sobre todo agua, también vino o aceite. Eran piezas habituales enalmazaras para guardar este último producto (Figura 6).

Brocales para pozos en forma troncocónica, con un orificio para pasar la maroma (Figura 7).

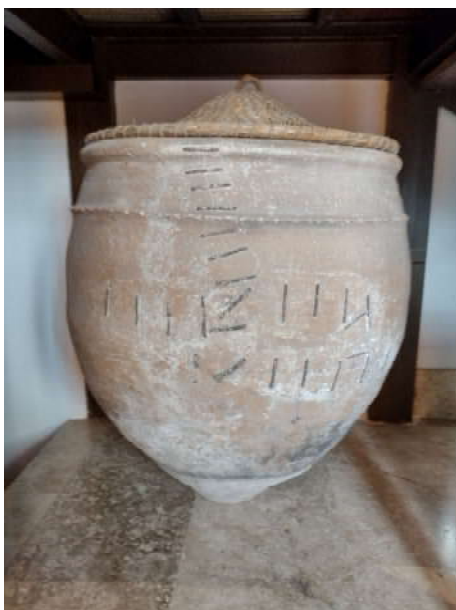


Figura 6. Tenajón o tintero de La Solana



Figura 7. Brocal de pozo de La Solana

Los tarros de ordeño, para ordeñar cabras y ovejas, muy demandados debido a la solidez del barro se evitaba que las bestias los rompiesen de una coz (Figura 8). Otras piezas curiosas, *las mesillas de comer* de la cual hay referencias en la cerámica arqueológica en la península ibérica, como el ejemplar expuesto en el Museo Arqueológico y Paleontológico de la Comunidad de Madrid de cronología del siglo IX al VIII a.C., o el localizado en Lora del Río y conservado en el Museo Arqueológico de Sevilla, con cronología en torno a los siglos VII al VI a.C. Este tipo de recipientes llamados a veces en la bibliografía arqueológica como *carretes de cerámica* a la que se le atribuye una función de sostener otras cerámicas, perviven en la alfarería solanera con el nombre de *la mesilla de comer* formada por dos cuerpos troncocónicos huecos, unidos por sus bases menores y que servía de sostenedor de recipientes para comer colectivamente, sartenes, cazuelas y fuentes, y en torno a ella, comían las gentes humildes, sentándose en sillas bajas o serijos. Se hacían en cuatro tamaños: grandes, medianas, pequeñas y de juguete (Figura 9). *Bebeores* para palomos y gallinas, morteros de cocina, saleros, macetas, cantarillas, pucheros pequeños, jarros, juguetes que eran miniaturas de piezas de tamaño habitual. A diferencia de los otros dos grandes centros tinajeros manchegos: Mota del Cuervo y Villarrobledo, La Solana prácticamente no producía cantarería.



Figura 8. Tarro de ordeño de La Solana



Figura 9. Mesillas de comer de La Solana © A.M. MECO

La cocción y venta

Sobre hornos, cocción y venta de cacharros, Juan Manuel Díaz-Cano González (1934), hermano de Gumersinda, nos informa. Los hornos eran cilíndricos y sin cubierta. Estaban hechos de piedra y forrados interiormente con adobes. *La caldera* de echar combustible tenía un diámetro de cinco metros y una altura de metro y medio. Estaba por debajo del nivel del suelo, separado del cuerpo del horno propiamente dicho, donde se metían las piezas, *la camareta*, de cinco metros de diámetro por cinco metros y medio de altura, por un enrejado de adobe sostenido por tres arcos de ladrillo. Aunque *la camareta* tenía *un portero* de dos metros de altura por un metro y medio de ancho, para introducir las piezas, se terminaba de cargar por la parte superior, a través de un terraplén de tierra apisonada.

No todos *los barreros* tenían horno, por lo que los alquilaban a los que sí tenían. Nuestros informantes solo recuerdan cuatro. El de Celestino Naranjo, padre de las hermanas Naranjo Tercero, otro de Gabriel Díaz-Cano, tío-abuelo de Gumersinda y Juan Manuel, y el de Juan Alfonso Naranjo. Otro más era el de la calle Santa Ana, del abuelo de Gumersinda, hoy ya no queda ninguno.

La tarea de *enhornar* y cocer era básicamente masculina, por la extraña superstición que suponía que la intervención de las mujeres, máxime en periodo menstrual podría malograr *la cochura*.

Todos los hornos tenían la misma capacidad: boca abajo todas las piezas, *una tanda* de veinticuatro tinajas de *a carga*. Otra de *abucetillas*, poniendo *los rostros* en el hueco dejado por cada *cuatro empiezos de la tanda anterior*. En *esta tanda* entraban dieciocho tinajas. Sobre esto, otra de *abucetas*, también dieciocho. Encima cuatro

montones de *tiestos de lavar, brocales, bañeras, tarros, lebrillos* y finalmente *cascos* de piezas rotas. Cuando llegaba la noche, el más viejo de *los barreros* se encomendaba a Dios para que no sucediese cualquier desastre que ocasionara pérdidas en la producción. Luego, todos hacían la señal de la cruz de manera solemne y se tapaba *el portero* con *cascos* de tinajas *repagaos* con barro de tejas.

Se comenzaba a cocer lentamente, *rama a rama para caldear el horno*. Luego *de medio muñeco, en medio muñeco*, o lo que es lo mismo de medio haz, en medio haz, durante tres horas, y luego *muñecos enteros*, con una hurga o gran tenedor de hierro, durante siete horas, hasta que *los cascós* de la cubierta empezaban a *blanquear*. Si había duda, algún *barrero* subía a la cubierta y con unas tenazas retiraba *cascos*, cogía una *lebrilleja* y la introducía en una *tenaja* con agua, observando al poco rato si se había cocido o no. Si al toque con cualquier instrumento metálico *sonaba como una campanilla*, era señal de que todo estaba cocido. Si no era así, *se apretaba* combustible hasta que todo se cociese, y entonces se tapaba la boca de la caldera con cascós de *tenaja* y barro de las tejas.

Solía utilizarse como combustible, *muñecos* de romero (*rosmarinus officinalis*) que traían los propios *barreros* o leñadores, de las grandes fincas o *cortijos* del término de Argamasilla de Alba y Alhambra. Para una *horná* se necesitaban cuatrocientos *muñecos*, y el número de hornadas por temporada solía ser entre tres y ocho.

A los dos días de cocer, *se deshornaba*. Al tercer día *se desaguaban* las piezas para que *fogara el caliche* y no saltaran: las piezas pequeñas se sumergían con agua en *el tintero de empilar*, y las grandes se llenaban de agua, de unas a otras. Con mucha frecuencia, *la tanda* inferior salía de color pardo-negruzca, *quemá* y con las bocas *ladeas*, torcidas. Las piezas bien cocidas eran de un tono pálido amarillento, las piezas menos cocidas, aunque también válidas tenían un color rojo apagado.

Los barros de La Solana se vendían por toda la provincia de Ciudad Real, llegando a venderse piezas en las provincias de Albacete, Cuenca y Toledo. Las zonas de más intensa venta eran las del Campo de Calatrava y Montiel. Daimiel, Torrenueva, Valdepeñas, Torralba, Miguelturra, Moral de Calatrava, Almagro, Ciudad Real, Bolaños, Villanueva de Los Infantes, Manzanares; por el oeste *los barreros* llegaban hasta Puertollano y Almadén. Por el norte hasta pueblos de Toledo: Villafranca de los Caballeros, Villacañas, Madrideojos, Consuegra y Mora. El precio

de las piezas dependía de la comarca donde se distribuyeran, siendo mejor pagadas por los clientes de los ricos pueblos manchegos.

No se concebía cargar un carro de tinajas sin ser embaladas entre productos de esparto que también *los barreros* vendían. Así, las piezas pequeñas se metían en *seras* y capachos mientras que las tinajas iban volcadas en horizontal y separadas unas de otras por valeos y esteras de esparto, amarradas con sogas de esparto a los varales del carro. Abajo *abucetas*, encima *abucetillas* y luego *el colmo* que era el resto de piezas. *Los baños* y *tinajones* se colocaban en la parte trasera del carro, cerrando, boca abajo atando *los empiezos* al varal del carro. A veces, para embalar las piezas se usaban cenizos (*Leucophyllum frutescens*) mojados para amortiguar el traqueteo del carro sobre las piezas. Al llegar a un pueblo, *el barrero* iba pregonando la producción al grito de *¡tenaaajas y colaooores de La Solaaana, acudan a la plaaaza!*.

La singularidad de la alfarería de La Solana

La transcendencia dentro de la alfarería peninsular de las labores realizadas en La Solana es doble. De una parte, atendiendo a la técnica empleada para la fabricación de cacharros, y de otra, atendiendo al sexo de los artesanos.

Respecto de la técnica, Sempere (1982, p. 47 y ss.) la denomina modelado a pie y según él:

el modelado se ejecuta alrededor de un pilón (...) sobre el que se aplasta la bola de arcilla, formándose una torta redonda que servirá de base al utensilio y sobre el que se empieza a urdir la materia a medida que el artesano va girando alrededor de su obra. Esta tira alargada y redonda (...) se coloca sobre el antebrazo derecho, que la sostiene a medida que va urdiendo. Las piezas modeladas a pie se tienen que realizar en varias etapas.

En La Mancha se conoció dicha técnica en Villarrobledo (Albacete) (Lizarazu de Mesa, 1983) donde además de realizar esas gigantescas tinajas, de más de 600 arrobas para el vino, se confeccionaban vasijas de tamaño pequeño y mediano, con nombres y usos similares a La Solana, aunque las formas y decoraciones son diferentes y genuinas en cada centro: brocales, tarros de ordeño, *colaores* donde sabemos trabajaron tanto hombres como mujeres.

Sorprende que en Aragón, los parecidos técnicos y a veces formales son mayores y los localizamos en Aragón (Romero y Cabasa, 2009), en Calanda (Teruel) y sobre todo Zaragoza, en la cuenca del río Aranda, en centros como Illueca, Sestrica y Jarque, donde asombrosamente observamos tinajas bitroncocónicas casi idénticas a las de La Solana, y similares decoraciones en ondas realizadas con los dedos.

En Castilla y León, se trabaja aún con la misma técnica en Pereruela (Zamora), aunque solo para la elaboración de piezas de grandes dimensiones que no podían realizarse en ningún torno o *rueda*, los hornos del pan, mientras que el resto de la producción se realiza en tornos primitivos (Ramos Pérez, 1976).

Respecto al carácter femenino de la alfarería de La Solana, son innumerables los paralelismos en todo el mundo. Centrándonos en nuestra geografía, en las islas Canarias se ha producido una alfarería manual, sin torno, hecha por mujeres en todas las islas, destacando La Degollada y Atalaya (Gran Canaria), Victoria de Acentejo (Tenerife) y Chipude (La Gomera) (Sempere, 1982), aunque aquí las artesanas permanecían estáticas y no iban girando alrededor del cacharro que urden, sino que hacían girar el cacharro sobre la base de trabajo.

Otros centros alfareros femeninos de la península ibérica, se caracterizan por el uso de un torno primitivo, que consta de una rueda superior donde se urde el cacharro, unida a cuatro travesaños verticales que descansan sobre una cruz horadada en el centro, y que encaja en un eje, produciendo el giro de la rueda. Siempre son mujeres quienes trabajaron en estos instrumentos de modelar. En el área noroccidental de la península ibérica se trabajó por esta técnica en Portomourisco, O Seixo y Gundibós (Galicia) (extinguidos) (García Alén, 1983); Moveros, Pereruela, Muelas del Pan y Carbellino (Zamora) (estos dos últimos extinguidos) (Ramos Pérez, 1976, 1980) y en Portugal Pinhela y Malhada Sorda (extinguido) (Sempere, 1982). Relativamente cercano a La Solana, se trabajó y aún se hace con esta técnica en Mota del Cuervo (Cuenca).

De ese modo, salvo las excepciones ya mencionadas de Pereruela (Zamora) y Villarrobledo (Albacete), no encontramos en la península ibérica centros femeninos donde la mujer habitualmente trabajase con la técnica de modelado a pie, con rollos de barro y urdiendo sobre un soporte fijo de trabajo, tal y como sucedía en La Solana. A pesar de las descripciones que las propias alfareras han hecho de su

trabajo, ha sido imposible localizar documento gráfico sobre dicha actividad. No obstante, hemos encontrado datos que nos hablan de mujeres trabajando según dicha técnica en el África Negra.

La Solana, el gran centro alfarero olvidado

En La Solana ya no se labra barro, ya hace décadas que ese aroma a romero quemado que envolvía todo el barrio de San Sebastián los días de cocción, ha dejado de percibirse, no hace tantas décadas que en la calle del Barro, mujeres, hombres y niños, en total sinergia, laboraban para conseguir esas bellas y útiles formas que el progreso arrambló para siempre. Qué triste es que los pueblos olviden su historia y que triste es que esta importante labor que surtía de una iconografía alfarera a toda una provincia para los usos domésticos y agrarios vaya desapareciendo de la memoria colectiva. Nadie en La Solana ha reivindicado su actividad, nadie ha hecho un homenaje, ni un monumento a sus artesanas. Sus formas y decoraciones, que bien podrían ser un sello local, son desconocidas para las nuevas generaciones de la localidad. La Solana, pueblo artesano no solo deberían ser de renombre internacional por sus hoces, tijeras, botas de vino, zurrone, tejidos de telar, cestería agrícola de esparto, sino además por sus tinajas femeninas. Inexplicablemente una ola de olvido y desidia ha querido borrar la labor callada de cientos de mujeres de La Solana que en los últimos siglos desarrollaron unas formas y sobre todo unas técnicas únicas de trabajar el barro a nivel nacional. Este olvido contrasta con la reivindicación de los otros grandes centros alfareros manchegos como Mota del Cuervo y Villarrobledo donde la presencia de sus artesanos y artesanas del barro es aún imborrable en monumentos, museos y actividades. Valga ahora reproducir el discurso dado por Gumersinda Díaz-Cano González, una de las últimas *barreras* de La Solana donde agradece que la labor de sus antepasados, al quedar por escrito, nunca será olvidada, manifestando la crueldad del paso del tiempo y el olvido de lo que fuimos no hace tanto tiempo. Dichas palabras fueron pronunciadas en el acto que la Diputación Provincial realizó en Ciudad Real, invitando a todos los alfareros que aún quedaban vivos por entonces, con motivo de la presentación del libro de *Los Barreros. Alfarería en la provincia de Ciudad Real*, el 2 de febrero de 2001 (El texto mantiene las grafías tal y como fue escrito).

«Quisiera darle las gracia a este señor por aber escrito este libro como esta hobra lla no se ace a pasado a la istoria y al escribir este libro es como recuperar esas memorias de nuebo para los que vengan después vean como vivíamos antes y por lo menos lo recuerden. era un oficio muy sacrificado el maestro era mi padre y llo le alludaba por que eran piezas tan grandes que una persona sola no podía. La ebolucion de la vida nos echo el oficio abajo por que nosotros aciamos tinajones para los molinos de aceite brocales para los pozos coladores para los pleitistas donde echaban el esparto en remojo bañeras tarros para los pastores para ordeñar tinajas para agüa de todos los tamaños tiestos para labar de todos los tamaños lebrillos para labar los platos mesillas para comer los niños i a veces los mallores y otras muchas cosas que nos encargaban Pero ahora todo eso no lo necesitamos por que tenemos una vida con mas comodida empezando por el agüa potable que le das al grifo y es suficiente las lavadoras los fregaderos los cuartos de baño y todo eso es muy comodo ay que reconocerlo pero en los tiempos pasados todo eso no estaba. La mallor parte eran mujeres las que trabajaban el barro mis abuelas lo trabajaban que esto viene de erencia y tenemos en el pueblo de La Solana una calle que se llama calle del barro por que en todas las casas lo trabajaban y tenían su orno para cozer por eso doy las gracias de todo corazón a Jesús María Lizcano Tejado autor dela obra por aver escrito este liblo para que quede en recuerdo aquellos trabajos que pasaron a la historia».

Gumersinda Díaz Cano Gonzalez

Referencias

- Campos y Fernández de Sevilla, F. J. (2021). *Los pueblos de la provincia de Ciudad Real en las relaciones de Tomás López*. Ediciones Escorialenses.
- García Alén, L. (2008). *La alfarería de Galicia*. Fundación Pedro Barrié de la Maza.
- Grupo Al-Balatitha (1985). *Las relaciones del Cardenal Lorenzana referidas a la provincia de Ciudad Real*. Caja de Ahorros de Toledo.
- Lizarazu de Mesa, M. A. (1983). Alfarería popular en la provincia de Albacete: estudio etnográfico. *Etnografía Española*, 3, 267-384.
- Lizcano Tejado, J. M. (1998). Proyecto *Estudio Etnográfico de la alfarería en la provincia de Ciudad Real*.
- (2001). *Los barreros. Alfarería en la provincia de Ciudad Real*. Diputación Provincial de Ciudad Real.
 - (2002). Alfarería en el Campo de Calatrava. *Revista de Estudios de Puertollano y comarca*, 5 (1), 7-44.
- López de La Osa, J. A. (1900). *Cultivo del azafrán. Hornos de poya. Gañanes. La Solana (Ciudad Real)*. Imprenta del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús.
- Madoz, P. (1987). *Diccionario histórico-estadístico. Castilla-La Mancha*. Ámbito Ediciones.
- Ramos, H. (1976). *Cerámica popular de Zamora*. Cerámicas Vivas. S.N.
- (1980). *Cerámica popular de Zamora desaparecida*. Edición del autor.
- Romero, A. y Cabasa, S. (2009). *Tinajería tradicional española*. Editorial Blume.
- Sempere, E. (1982). *Rutas a los alfares España - Portugal*. El Pot Cooperativa. Sabadell. España.
- Seseña, N., Vossen R. & Köpke, W. (1975). *Guía de los alfares de España*. Editora Nacional.
- Seseña, N. (1975) *La cerámica popular en Castilla la Nueva*. Editora Nacional.